

# Cervera cumple<sup>1</sup>

VICENTE GALLEGO

vocarse en sus vaticinios, y hasta podría parecer que sus prematuras sentencias albergan, sin que él llegue a sospecharlo y contra su voluntad, ciertas fuerzas ocultas de mal agüero, capaces de influir sobre el destino de los demás. Recuerdo que, siendo aún un adolescente, le conté que mi amigo Jorge tenía la intención de comprarse una moto; a lo que él, tajantemente y para mi sorpresa, contestó que aquel chico era un bala y que acabaría mal. Cinco años después lo encontraron desmadejado en el balcón de su casa, con una sobredosis de heroína. Otra vez, cuando yo aún vivía en la casa familiar, y habiendo él notado mi afición por la ópera, declaró, tras escucharme interpretar un par de arias del divino Puccini y contra la opinión de un maestro de canto amigo de la familia, que mi carrera como tenor tenía aún menos porvenir que la de Aristizábal como delantero centro del Valencia F.C. El tal Aristizábal, un verdadero fenómeno del balompié que en aquellos momentos acababa de fichar el club de nuestros desvelos como remedio infalible a una larga serie de temporadas desastrosas, fracasó incomprensiblemente nada más aterrizar en nuestro equipo y mi carrera de tenor, ni que decir tiene, fue más breve aún y mucho más desgraciada que la de aquel malogrado futbolista.

Resultaba alarmante comprobar la clarividencia de mi padre, porque ese don solamente funcionaba cuando se trataba de desahucios. Era absolutamente incapaz de un augurio feliz, por lo que lo suyo se parecía

<sup>1</sup> Este relato fue ganador del XVI Premio de Narración Breve de la UNED.

**L**a quiebra de la editorial no sólo me dejó sin empleo fijo, sino que al cabo de algunos meses cargó de razón las palabras de mi padre y demostró que, al menos de momento y a pesar de mis decididos esfuerzos, yo no era capaz de ganarme la vida como escritor. Entre las virtudes que adornan el carácter de mi padre no se halla, desde luego, la del optimismo; es un hombre con marcado sentido práctico que ha tenido la necesidad de ganarse la vida desde los catorce años y, cuando aventura una de sus funestas profecías sobre el negro futuro de alguna persona o de un proyecto, lo mejor es arrepentirse del proyecto, o echarse a temblar si se es la persona implicada, porque no suele equi-

## distancia

*Cervera cumple*

mucho al puro gafe. Y esa siniestra capacidad para defenestrar el porvenir del prójimo mediante el inconsciente esfuerzo de aventurar unas palabras participaba de la infalibilidad de los antiguos oráculos cuando se trataba de temas futbolísticos. Fichaba el Valencia un ariete de lujo y mi padre sentenciaba: un inválido; y el pobre perdía, de la noche a la mañana, el olfato de gol que propició su compra. Fichaba un defensor, avalado por un prestigio de tremenda seguridad y extrema dureza, y advertía mi padre: un colador; y aquella torre humana de metro noventa comenzaba a reaccionar ante las fintas de los delanteros como lo hubiera hecho una monjita misionera. Mi hermano y yo llegamos pronto a la conclusión de que el deficiente historial deportivo del Club de nuestra ciudad se debía, en buena parte, a su singular necesidad de luchar contra dos adversarios: los otros equipos y las sentencias lapidarias de mi padre; así que terminamos intentando disuadirlo de expresar su opinión cada vez que la prensa anunciaba un nuevo fichaje, lo cual no conseguía sino extremar su juicio y molestarlo de paso peligrosamente.

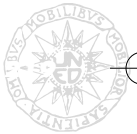
Sin embargo, contra lo que hubiera podido parecer, esos siniestros dictámenes nacían del amor, sí, del amor y del miedo; o al menos eso era lo que sostenía mi padre cuando mamá se hartaba de su talante derrotista y le recriminaba su empeño en maltratarnos la alegría. El amor que sentía por los colores del equipo local lo llevaba a temer su descalabro por anticipado, y la técnica del mejor de los futbolistas se le antojaba insuficiente a la hora de defender esos

colores. Del mismo modo, el amor que nos profesaba a mis hermanos y a mí era el causante del tesón que ponía en tratar de desanimarnos acerca de la viabilidad de cualquier proyecto del que lo hiciéramos partícipe, empleando una minuciosa saña en poner de manifiesto nuestras limitaciones para afrontar aquel reto, porque pensaba que su obligación era hacernos ver las dificultades, bajarnos a empujones de la nube y, de esa torpe manera, picarnos el orgullo, de forma que nosotros tratáramos de rehabilitar nuestro amor propio herido demostrándole lo equivocado que estaba respecto a nuestras aptitudes. El miedo que le inspiraba la posibilidad de vernos fracasar, y por lo tanto la de vernos sufrir, trataba de combatirlo desde el principio, procurando no implicarse jamás en nuestros proyectos para evitar dolorosas decepciones; así que, en lugar de ayudarnos, lo que casi siempre conseguía, sin darse cuenta del todo, era envenenarnos ese breve usufructo de la felicidad que sólo se nos concede sin reservas durante el momento del nacimiento de los sueños, corrompiendo sistemáticamente con su severa actitud el agua que habría de bautizar nuestras ilusiones.

Aunque es justo reconocer que, de vez en cuando, su discutible sistema daba cierto resultado. Fueron sus burlas y sarcasmos acerca de mi aspecto físico —era yo un jovencito enclenque a los catorce años— los que hicieron nacer en mí la obsesión por la gimnasia, que al cabo de los años

me deparó un cuerpo de una aceptable complexión muscular. Me prometí a mí mismo vencerlo en un pulso —mi padre, de joven, había sido un hombre realmente fuerte y aún conservaba buena parte de su vigor—, y ese empeño llevó a mis bíceps al aburrido y tenaz trato con el hierro, hasta que un día me sentí preparado, y entonces él, por primera vez, declinó mi desafío, aduciendo una hernia de repentina y oportuna manifestación que desaconsejaba el esfuerzo, mientras se burlaba de mi desvergüenza al retar a un viejo como él. Pero se le veía orgulloso de su hijo. Es posible que le deba incluso la tozudez con que persevero en mi vocación de escritor, porque desde el día en que se me ocurrió enseñarle mis primeros poemas y recibí aquellos versos ripiosos —demostrando en esa ocasión, hay que reconocerlo, un fino olfato crítico— con el consejo de que me dedicara a la jardinería floral, yo decidí que iba a mostrarle, a él y al mundo de paso, costara lo que costara y pesase a quien pesase, al gran poeta lírico que se escondía en algún lugar de mi interior y al que todavía ando buscando.

La táctica de mi padre era siempre la misma, jugar a la contra, convertirse en un adversario a batir, porque así pensaba que nos ayudaría a superarnos, pero también por una inclinación natural de su carácter hacia el derrotismo que su dura experiencia en la vida se había encargado de acentuar. Siempre he querido a ese hombre pesimista, violento y a la vez bondadoso que es mi padre. Lo que por un lado lo apartaba de mí su genio imprevisible y desmedido, por otro me lo acercaba esa grandeza de



## distancia

Cuaderno de Cultura

corazón que no podían ocultarme sus gritos o sus más desahogados ataques de ira. Lo quería, en una palabra, más allá de condiciones y conveniencias, movido por una extraña y ciega ley de la sangre, por más que, en algunos momentos, resultara difícil cumplir con esa poderosa imposición del corazón. Y es quizá ese amor tan verdadero, unido a nuestra vieja rivalidad fomentada a través de los años por sus constantes desafíos, el que aún me incita a buscar su admiración y a tratar de demostrarle que tiene motivos suficientes para sentirse orgulloso de su primogénito; por eso, cuando quebró la editorial y perdí mi empleo, me dolió tanto comprender que era incapaz de ganarme la vida como escritor. Me había fallado a mí mismo y, lo que aún era peor, le había fallado a él, porque me dejé derrotar en ese duelo que tanto le hubiera gustado verme ganar, aunque eso le hubiera costado tragarse una por una sus antiguas advertencias sobre mis incapacidades líricas y renunciar a su prestigio de futurólogo atravesado.

Fue mi padre el que me consiguió un empleo en el puerto; llevaba cuarenta años trabajando en el sector y no le resultó difícil colocarme, porque era una persona respetada y querida entre todos sus compañeros, y tenía bien ganada una reputación de seriedad que ahora yo debía honrar con mi comportamiento, lo que no iba a resultarme sencillo, sobre todo teniendo en cuenta que su entorno laboral no me interesaba lo más mínimo y que había aceptado aquel puesto por la mera necesidad de subsistir con algún decoro, mientras seguía intentando abrirme camino como escritor a base de robarle horas

al sueño. En esas circunstancias, tuve la ocasión de profundizar en el trato —a algunos ya los conocía previamente— de sus viejos amigos, y mantuve con ellos una relación de cordialidad y respeto mutuo que pronto los decidió a invitarme a la cena que celebraban cada año en el malecón del puerto. Yo acepté por no desairarlos —aunque previera el cortés aburrimiento que debería soportar entre aquel grupo de hombres que poco o nada tenían que ver con mi edad o con mi mundo—, y a la hora acordada, como el que cumple con un deber enojoso, aparecí por el lugar convenido.

La noche era agradable, aunque el viento de junio llegaba aún algo frío y con cierto vigor a aquel lugar desprotegido. El malecón del puerto es una enorme pared de piedra y roca de más de cinco kilómetros de longitud y al menos diez metros de altura contra la que rompe el mar abierto, y su superficie alberga un estrecho paseo al final del cual habíamos quedado en encontrarnos, casi al lado del faro. Llegué el último, besé a mi padre y saludé al reducido círculo de amigos que encontré junto a él. Los demás estaban pendientes de un informal campeonato de pesca que ellos mismos habían organizado o paseaban y charlaban en pequeños grupos. Vi las cestas del pan, la enorme cacerola con el guiso de pimiento, tomate y atún, las neveras portátiles cargadas de botellas y los envoltorios de papel con el nombre de una conocida pastelería, y me dije que al menos dis-

frutaría de una estupenda cena al aire libre.

Aquellos hombres debatían obsesivamente sobre los problemas laborales que aquejaban al sector, y parecía hacerlos muy felices esa especie de consuelo inútil que consiste en compartir el odio hacia los superiores a base de un concurso de insultos y descalificaciones en el que cada cual buscaba minimizar la intervención de sus colegas, y que sólo se interrumpió cuando alguien lanzó una maldición y les prohibió a todos insistir en el tema, porque aquella noche era especial y no le salía a él de los huevos que nadie la ensuciara con toda esa mierda. Lo que había que hacer era ir destapando las botellas de vino.

El que así hablaba era Vives, un hombretón con la piel quemada por el sol al que yo había cogido cariño rápidamente, y uno de los mejores amigos de mi padre. Vives era un tipo curioso: de constitución poderosa y genio más que vivo, se emocionaba y se venía a las lágrimas con asombrosa facilidad en cuanto se tomaba dos copas y una canción sentimental le tocaba el corazón. Su vocación pendenciera quedaba corregida por un noble sentido del honor y la justicia, y en esto se asemejaba a mi padre, pero él mostraba una facilidad para el diálogo y una naturalidad a la hora de exteriorizar sus sentimientos —sin ver en ello un síntoma de debilidad— que yo siempre había echado a faltar en el hombre taciturno de los veredictos truculentos. *¡Ya me he cagao en la madre que te parió, chulo, a ver esos cojones!*, le soltaba de pronto a cualquier amigo, incitándolo a la pelea con rápidos manotazos que buscaban enfu-

## distancia

*Cervera cumple*

recerlo, y en cuanto el otro comenzaba a picarse, se le abrazaba al cuello y lo llenaba de besos; *¡Te quiero, ché, con lo cabrón que eres y cómo te quiero, joder!*, le gritaba, casi enfadado consigo mismo por apreciarlo tanto. Pero, a pesar de las apariencias y de haber trabajado toda su vida en el puerto, ejerciendo un oficio escasamente intelectual, Vives no era ni mucho menos un hombre sin sensibilidad: gustador sincero, y con cierto criterio, del arte, se sabía un montón de poemas de memoria, que recitaba cuando ya estaba borracho, después de haber cantado unos boletos y antes de arrancarse con un tango. Se podía hablar con él casi de cualquier cosa, porque donde no llegaban sus conocimientos lo auxiliaba el buen sentido.

Andaba mi padre crucificando el destino deportivo del Valencia F.C. para las cuatro próximas temporadas, cuando Vives lo interrumpió sumariamente, gritándole que era un choto y un gafe, y enviándolo a hacer puñetas de un modo inapelable; y aún estaba perdonándole la vida —porque también lo quería, ¡ché!, y más que a nadie— cuando destapó la enorme cacerola de pisto que cada año preparaba su mujer con ocasión de aquellas cenas. Vives era el alma de la fiesta, llevaba todo el peso de la organización y se preocupaba de que no faltara ni el más mínimo detalle, pero también disfrutaba como nadie de esa informal reunión que anualmente juntaba a sus amigos, incluso a los difuntos, como enseguida pude comprobar, porque lo primero que hizo, en cuanto le acercaron el pan, fue preparar dos pequeños bocadillos y lanzarlos al mar, recordando en voz alta y con

un intenso brillo en los ojos saltones, el nombre de los dos primeros camaradas que faltaban. El vino comenzaba a instalar un cálido invernadero en nuestros corazones para cultivar sus frutos sentimentales y dulces, y yo sentí que me emocionaba aquel gesto. Empezaba a alegrarme de haber aceptado la invitación.

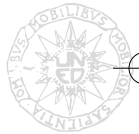
Para el final de la cena ya estábamos todos prácticamente borrachos. El viento nos despeinaba y seguíamos bebiendo, ahora whisky y coñac, en vasos de plástico. Miré a mi padre, también él bebía. Vives se arrancó con un tango y su voz sonó tan decidida que llegó a avergonzarme en un primer momento. Bebí otro trago y esa voz desgarrada siguió cantando:

Eche, amigo, no más; écheme y lle-  
[ne  
hasta el borde la copa de champán,  
que esta noche de farra y de alegría  
el dolor que hay en mi alma quiero  
[ahogar.  
Es la última farra de mi vida,  
de mi vida, muchachos, que se va...

Nadie ignoraba la enfermedad que poco a poco consumía a Vives, y aquella última estrofa nos metió un bicho en la boca del estómago que se retorció y nos mordía los riñones, buscando el modo de salir al exterior. Cuando acabó con el tango, le pidió a mi padre que cantara con él una romanza de zarzuela, y yo me quedé completamente perplejo al ver que no se hacía de rogar. Contra lo que había previsto, ahora no sentía

sonrojo al escuchar la voz de mi padre, temblorosa por la emoción, sino orgullo, un orgullo repentino que me llenaba el pecho y me quemaba en los pómulos y en la frente. Los dos hombres acabaron y se fundieron en un estrecho abrazo. Desde los otros grupos, llegó el aplauso exagerado de unos graciosos que se tomaban a chirigota lo que ellos creían una exhibición de habilidades o una consecuencia del alcohol. Yo los miré con mala cara. Déjalos —dijo Vives, que se había dado cuenta de mi gesto—, ellos no lo entienden. Esto hay que mamarlo, Cervera, esto hay que haberlo mamarlo para poderlo entender.

Por encima del hombro de mi padre miré a los otros: algunos seguían pescando, ajenos a cualquier manifestación de solidaridad; otros se burlaban todavía de nosotros y luego pasaron a burlarse de sí mismos; los demás se emborrachaban estúpidamente, como animales, sin ningún objeto y sin ninguna dignidad, o comenzaban a marcharse a sus casas, despidiéndose apresuradamente, medio huyendo, sin haber entendido, sin la más mínima posibilidad —me pareció— de llegar jamás a comprender. La noche y el whisky comenzaban a seleccionar a sus cofrades, y entonces descubrí que el alcohol no nos iguala, sino que abre abismos insalvables entre los hombres o los condena irremisiblemente a la hermandad, y comencé a cantar, venciendo mi timidez comencé a cantar como el que jura un código de honor, con la voz temblorosa, vomitando la voz entrecortada, como el que canta un himno que lo une a otros hombres comencé a cantar, y mi padre me siguió, agarrado a mi



## distancia

*Cuaderno de Cultura*

cuello, cantando, porque aquella noche había que cantar, no importaba hacerlo bien o hacerlo mal, pero había que cantar, aunque fuera por dentro, sin emplear la voz, pero cantando, porque todo cantaba sordamente muy dentro de nosotros: la noche, el viento, la sangre, el mar.

Poco a poco, fuimos quedándonos solos los tres. Seguíamos bebiendo. La noche adquiría esa intensidad de los momentos que devienen solemnes a fuerza de su insignificancia. Mi padre me miraba. Vives me miraba. Conocía a Vives solamente unos meses y ahora era mi hermano. Llenamos los vasos otra vez. Me miraban, sonreían, no tenía nada que explicarles. Bastaba que cantáramos, nos bastaba el silencio, nos bastaba también un insulto cariñoso, un abrazo. Bastaba.

Después de tanto tiempo, acababa de entender quién era mi padre, porque un padre no es un hombre a los ojos de un niño, un niño no sabe lo que es un hombre, no puede contar con la amargura, con el egoísmo, con la frustración. A un niño le es difícil perdonar, porque no entiende. Había tenido que esperar casi treinta años para conocer a ese hombre, había tenido que verlo borracho, rodeado de sus amigos,

para distinguirlo entre ellos, para aprender a querer a mi padre no como se quiere a un dios sino como se quiere a un camarada, tan semejante a mí en todos sus defectos. Decidimos apurar la última ronda. El tiempo se detuvo en el instante exacto en que Vives nos rodeó los hombros con sus brazos pesados y velludos. Nos miraba en silencio, las lágrimas saltaban de aquellos ojos saltones y enormes. Todo en él tenía algo de res al final de la lidia, de toro grande y cansado, luchador, derrochando un último esfuerzo. Mi padre hacía equilibrios con las lágrimas que rebosaban de sus ojos para no derramarlas, y se le veía practicar unos agotadores movimientos con las mandíbulas, incapaz de tragarse de una vez la pelota que se le había atascado en la garganta. Los tres sabíamos que, con toda probabilidad, al año siguiente, el trozo de pan de Vives caería al mar, lo comerían los peces. Vives me repitió: «Esto hay que mamarlo, Cervera, esto hay que haberlo mamarlo, si no, no se entiende»; y me sacudió, agarrado por el cuello como me tenía. Entonces le prometí que, alguna vez, escribiría algo sobre aquella noche, le prometí que, de alguna forma, aquello no iba a acabar, y que, mejor o

peor, del mismo modo en que habíamos cantado porque había que hacerlo, porque una voz desde el fondo nos decía que era preciso cantar, yo escribiría, escribiría algo que tratara de encerrarnos a los tres en un círculo de palabras para siempre.

Agarrados del cuello, comenzamos a caminar. Cuando llegamos donde habíamos aparcado los coches, nos abrazamos por última vez y nos separamos. Sentí el mismo desamparo que me afligía de niño cuando el padre que había sido aquel hombre se negaba a continuar jugando conmigo y se alejaba de mí, ingresando en un aislamiento hostil de periódicos y de quinielas al que no se atrevían a seguirle mis infantiles pasos.

Quise invitarlos a seguir bebiendo un rato en mi casa, retenerlos, disfrutar unos minutos más de su compañía, prolongar como fuera aquel estado de excepción, pero Vives estaba ya demasiado borracho. Pensé —mientras los veía alejarse— que me hubiera gustado llevármelos de putas o buscar una bronca para pelear a su lado. Yo era de nuevo el niño que fui y él tenía prisa por convertirse otra vez en mi padre, pero yo sabía que nunca más, por mucho que se esforzara, volvería a conseguirlo.